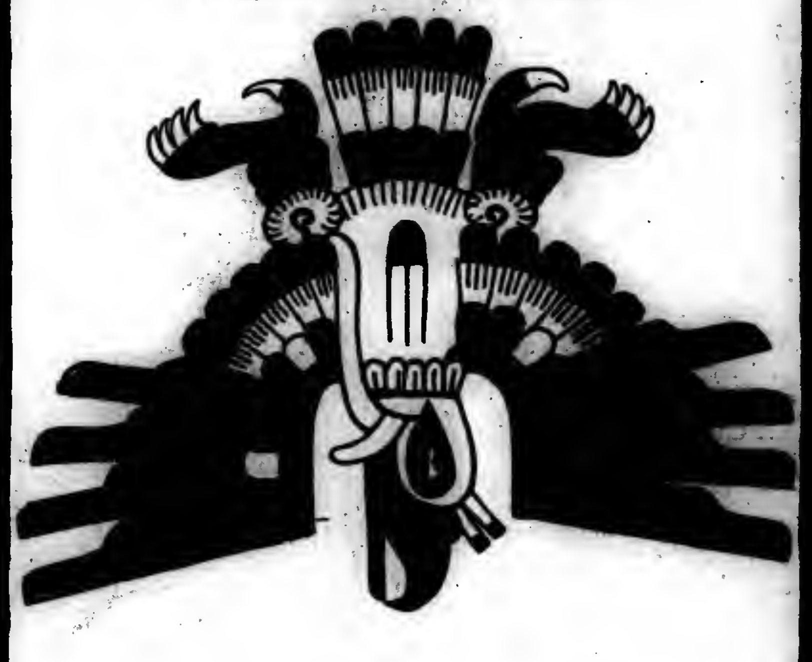
EFREN REBOLLEDO

EL AGVILA QVE CAE

TRAGEDIA

DIBVJOS DE JORGE ENCISO



LIBRERIA DE LA VDA DE CH BOVRET
PARIS 1916 MEXICO
RVE VISCONTI 23 AV 5 DE MAYO 45

EL ÁGUILA QUE CAE

DEL MISMO AUTOR:

"Libro de Loco Amor." Poesías.

"El Desencanto de Dulcinea." Cuentos.

EFRÉN REBOLLEDO

EL ÁGUILA QUE CAE

TRAGEDIA



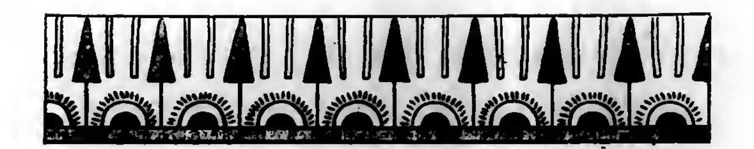
LIBRERÍA DE LA VDA. DE CH. BOURET

PARÍS | MÉXICO

23, RUE VISCONTI, 23 | 45, AV. DEL 5 DE MAYO, 45

1916

CUAUHTEMOC



CUAUHTEMOC

El porte altivo, la pupila bruna,
El manto suelto, al aire la cimera,
Así se antoja tu figura fiera,
Emperador de trágica fortuna.

Fuiste caudillo desdichado de una
Raza de bravos, águila altanera
Que luchando caíste prisionera
En la heroica ciudad de la laguna.

Para el jefe español fue la victoria,
Para tu nombre el brillo de la gloria,
Para tus pies un pedestal de llamas,

Para tu frente pura como el lirio
Porque fuiste colgado de las ramas
De una ceiba, las rosas del martirio.





CORTÉS



CORTES

Pones la planta en la extranjera orilla
Y al ver que tu mesnada se alborota
En el inquieto mar hundes tu flota
Para cerrar el paso de Castilla.

México, la irisada maravilla,
Se oculta allende la montaña ignota,
Luego a los indios tu valor derrota
Y Moctezuma a tu poder se humilla.

La joya del Imperio Mexicano
Le ofreciste a tu ingrato soberano
Y a la postre moriste en el olvido,

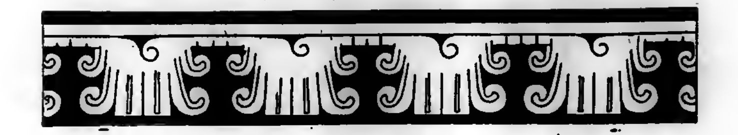
Cuando el rastro inmortal de las hazañas
Que consumaste artero y atrevido
Circuía de gloria las Españas.



PERSONAJES:

CUAUHTEMOC, Emperador de México.
TECUICHPO, Emperatriz de México.
COANACOT, Señor de Tezcoco.
TETLEPANQUETZAL, Señor de Tlacopan.
CIHUACOATL, Lugarteniente del Imperio.
HERNÁN CORTÉS, Caudillo de los Conquistadores.
PEDRO DE ALVARADO, Capitán Español.
CRISTÓBAL DE OLID, ,, ,,
GONZALO DE SANDOVAL, ,, ,,
JULIÁN DE ALDERETE, Tesorero de la Expedición.
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, Soldado Español.
GARCÍA DE OLGUÍN, Jefe de Bergantín.
JERÓNIMO DE AGUILAR, Intérprete.
DOÑA MARINA, Intérprete y Dama de Cortés.
Ancianos, Guerreros, Soldados, etc., etc.

Los indios vestidos a su guisa y los españoles conforme a la época de Carlos V.



ACTO I

Una sala de techo de madera de cedro, decorada con trofeos de armas y alfombrada con pieles de tigre.

Cuauhtemoc aparece sentado en un escabel de madera preciosa bajo un dosel de plumas, en medio del Señor de Tezcoco y del Señor de Tlacopan, que ocupan escabeles de menos riqueza. Lleva un manto azul de malla con una esmeralda en cada nu-

do, corona, brazaletes y cotaras de oro. Al alcance de su mano penden un arco y un goldre con flechas, símbolo de la justicia imperial. Es bien proporcionado y alegre, de color blanco y obra de veinticinco años. En el fondo se alínean los Doce Ancianos del Senado, de arreos obscuros y cabellos floridos. A la siniestra se agrupan el Cihuacoatl, los Guerreros Condecorados con el Cascabel de Oro, los Caballeros Tigres, los Caballeros Leones y los Caballeros Águilas, luciendo vistosos mantos y cascos truculentos.

CUAUHTEMOC

Se pone en pie, y Coanacot y Tetlepanquetzal siguen su ejemplo.

Reyes aliados, Cihuacoatl, Ancianos y vosotros, Jefes que estais aquí reunidos:

Los castellanos se preparan a atacar otra vez Tenochtitlán. Venidos de donde sale el sol en busca de oro, desembarcaron en nuestras costas perturbando la paz del Imperio, formaron ligas con nuestros enemigos e incitaron a la rebelión a nuestros súbditos. Sabedores de las profecías de nuestros nigrománticos de que había de tornar el Dios Quetzalcoatl al frente de hombres blancos a sojuzgar estas tierras, tuvieron la impudencia de presentarse como dioses, llegando sin obstáculo hasta nuestra capital, porque Moctezuma no les atajó el paso con sus guerreros. Estos dioses depredaron nuestras ciudades, se robaron el tesoro de Axayácatl, asesinaron a los miembros de nuestra nobleza, se mataron entre sí en Cempoala, cautivaron a nuestro Emperador y derrocaron a nuestros

dioses. Provocado por tantos desmanes, el pueblo crispó los puños que le mantenía atados su respeto a Moctezuma, el gran Cuitlahuac se puso al frente de las tropas, sonó el caracol de guerra en nuestros templos, Huitzilopochtli les infundió aliento a nuestras huestes y expulsamos a esos mentidos Hijos del Sol, los ahogamos en la laguna o los sacrificamos en nuestros altares. Nuestros adversarios no son inmortales, sino hombres como nosotros. Las relaciones de nuestros mensajeros, los jeroglíficos de nuestros pintores y las humaredas de nuestros guerreros nos ponen al cabo de los pasos de nuestros enemigos. Después de curarse de sus heridas en Tlaxcala, construyeron grandes canoas para embestirnos también por agua y acrecientan sus filas con pueblos rebeldes. Tonatiú está acantonado en Tacuba, otros dos capitanes se hacen fuertes en Iztapalapa y Coyoacán, y el Malinche se ha reservado el mando de las piraguas, que pronto surcarán la laguna al impulso de sus alas blancas y rondarán a la vista de la ciudad como aves carniceras. Nosotros estamos apercibidos, y nuestros corazones, que aman la guerra, esperan con anhelo la hora del combate. Guerreros: vosotros, los que habéis conquistado el Cascabel de Oro en signo de que os arrojáis en la pelea como locos furiosos, y

vosotros, los que habéis merecido los nombres de Águilas Reales, de Tigres Feroces y de Leones Valientes, recordad que vosotros sois los pies y las manos de Tenochtitlán. Es verdad que muchos de nuestros hermanos han perecido; pero su recuerdo está bañado de gloria. Luchemos hasta vengar su muerte. Luchemos hasta que las calzadas y los canales, regados con nuestra sangre, parezcan sembrados de rosas.

COANACOT

Unidos venceremos.

TETLEPANQUETZAL

Unidos moriremos.

CIHUACOATL

Venceremos o moriremos.

GUERREROS

Golpeando los escudos con sus macanas.

Venceremos o moriremos.

UN ANCIANO

Si salís triunfantes, las mujeres os coronarán con guirnaldas de rosas y nosotros os incensaremos con nuestros sahumadores.

OTRO ANCIANO

Si la fortuna os es adversa, vosotros iréis a gozar eternamente de la luz del Sol, y nosotros haremos una fiesta celebrando vuestra muerte, porque no habréis perecido por haber robado o cometido un acto vil, sino por la libertad de nuestra patria.

TODOS

Venceremos o moriremos.

Se sientan Cuauhtemoc, Coanacot y Tetlepanquetzal.

CIHUACOATL

Ya se pusieron en camino los Embajadores que mandaste a los Señores de Matlacingo, Tulapa y Malinalco para proponerles una alianza contra los guerreros blancos. Salió también el

Enviado que va a amonestar a Ixtlixóchitl por haberse puesto del lado del enemigo. Está condenado a segura muerte.

CUAUHTEMOC

Yo me hago cargo de su mujer, de sus hijos y de su casa.

CIHUACOATL

Esperan tus órdenes los Embajadores que envías a Michihuacán.

CUAUHTEMOC

Hazlos entrar.

EMBAJADORES

Entran hasta cinco Embajadores ataviados de verde, portando un abanico en la mano derecha y una lanza en la izquierda. A la entrada hacen una reverencia.

Señor.

Marchan con profundo respeto, sin atreverse a levantar los ojos. A media sala hacen otra reverencia.

Mi Señor.

Al pie del trono hacen otra reverencia.

Gran Señor.

Después de la última reverencia hacen acatamiento tocando el suelo y llevándose la mano a la boca.

CUAUHTEMOC

Saludad al Rey Tangoazán e invitadlo a formar una liga para vencer al Malinche. En testimonio de mi amistad, llevadle joyas de oro de Azcapozalco y mantas de diez brazas. No olvidéis portar las cabezas de caballo, manos y pies de los teules en prueba de que no son inmortales.

EL PRIMERO DE LOS EMBAJADORES

Pronto volveremos con la respuesta si no perdemos la vida.

Salen los Embajadores sin volver la espalda, haciendo inversamente el mismo ceremonial que a la entrada.

CIHUACOATL

Nuestras tropas han hecho prisionero a Cuicuicat por espía y amigo de los castellanos.

Aparece el cautivo cercado de guerreros.

COANACOT

A Cuicuicat.

Has arrojado un baldón eterno sobre nuestra raza.

A Cuauhtemoc.

Pido que mi hermano Cuicuicat sea descuartizado por traidor al Imperio.

UN ANCIANO

A Cuauhtemoc.

Perdona a Cuicuicat, por la memoria de Netzahualcoyotl y Netzahualpilli.

Los guerreros murmuran.

CUAUHTEMOC

No hay perdón para los traidores.

GUERREROS

Golpeando sus escudos.

Bien dicho, bien dicho.

CUAUHTEMOC

Empuña una flecha del carcaj que está a su espalda y la arroja a los pies de Cuicuicat, que los guerreros sacan de la sala empu-

jándolo con sus rodelas.

Vé, Cihuacoatl, a apercibir el ejército; marchad, ancianos, a excitar el patriotismo de vuestros hijos; corred, guerreros, a aguzar vuestras flechas y vuestras jabalinas.

Salen después de hacer acatamiento.

Cuauhtemoc, Coanacot y Tetlepanquetzal se ponen en pie.

Deseo que me acompañéis esta noche a esconder el tesoro azteca. Ya conocéis a los teules. A la vista del oro, arden como teas sus crueles pupilas. En la costa rescataron montones de oro con sus bagatelas. Moctezuma les colmó las manos de oro. Se robaron las riquezas del Palacio de Axayácatl, y no se satisfarían con el oro que arrastran nuestros ríos y entrañan nuestras montañas. Es tan extremada su codicia, que el oro fue nuestro mejor aliado la noche en que lloró el Malinche. Antes se desembarazaban de sus armas o se hundían en la laguna, que desamparar su carga de oro. No quiero que las preseas de mis antecesores caigan en poder de los castellanos.

TETLEPANQUETZAL

Haces bien en esconder tus caudales de los hombres blancos.

COANACOT

Ha de ser inmenso el tesoro de los Emperadores aztecas.

CUAUHTEMOC

Pilas de mantas de diez brazas y de pieles de tigre. Fardos de tornasoladas péñolas de quetzal y de irisadas plumas de colibrí. Cristal de roca y jaspe en montones como guijarros. Tinajas preñadas de perlas, tinajas colmadas de ópalos y tinajas rebosantes de esmeraldas. Lunas de plata y soles de oro. Pepitas de oro de la Mixteca. Arenas de oro de los ríos de Papaloapan, Tabasco y Coatzacoalcos. Cañones de plumas henchidos de polvo de oro y alhajas de oro trabajadas por los toltecas. Si vencemos, estas riquezas nos servirán para reedificar nuestras casas, galardonear a nuestros guerreros y socorrer a nuestros vasallos. Si somos vencidos, en vez de fantásticos ríos de oro, los teules encontrarán escombros y cadáveres.

COANACOT

Sólo la muerte romperá nuestra alianza.

TETLEPANQUETZAL

Unidos moriremos.

CUAUHTEMOC

Id a preparar vuestro contingente para la defensa de nuestros reinos y de nuestra raza.

Salen después de hacer acatamiento. Cuauhtemoc se pasea de uno a otro lado de la sala, deteniéndose a ratos y quedando pensativo. Tecuichpo se asoma en la puerta del fondo. La Emperatriz de Tenochtitlán está ataviada de azul y luce adornos de perlas en el cuello, orejas, brazos y tobillos. Sus dientes también parecen perlas. Su pelo

partido en mitad de la frente, tiene el tinte y el brillo de la obsidiana.

TECUICHPO

Está solo y abismado en sus pensamientos. No advierte al menos mi presencia. Señor, Señor, ¿das tu permiso?

CUAUHTEMOC

Alza la cabeza sorprendido y sale al encuentro de Tecuichpo.

¡Tecuichpo! Acércate, esposa mía. Llégate a tu Cuauhtemoc. Compañera de infortunio, ven a compartir mi tristeza. Grano de incienso, ven a perfumar mi soledad. Ven, cenzontle, a desgranar tus trinos en el barranco en que me despeño. Cuán distinta hubiera sido nuestra suerte si no hubieran venido los castellanos. En tiempos de paz viviríamos felices en nuestros palacios decorados con tapicerías de plumas y pieles de tigre. Nos solazaríamos en nuestros jardines, tú cortando flores, y yo cazando colibríes con mi cerbatana de oro. En nuestras ve-

gas cobraríamos palomas con gerifaltes adiestrados. A la hora de yantar, con una varilla de oro señalaríamos los platos que convidaran nuestro apetito de entre mil delicados manjares. En tiempos de guerra, mientras yo iba a sojuzgar pueblos y hacer cautivos, tú te quedarías cultivando las rosas con que ceñirías mis sienes a mi llegada.

(*Pausa*)

No seremos reyes, sino vasallos.

TECUICHPO

Acuérdate que eres águila.

CUAUHTEMOC

Águila que cae.

TECUICHPO

Águila que se remonta.

CUAUHTEMOC

¡Qué buena eres, Tecuichpo!

TECUICHPO

Eres águila, y las águilas no nacieron para vivir cautivas. El águila es el ave tutelar de nuestra raza. Campea en nuestra bandera, guió a nuestros antepasados hasta el risco donde fundaron Tenochtitlán, y tú, que eres águila, conducirás a los mexicanos a la victoria. Vencerás a los teules. ¿No los venciste ya una vez al amparo de las tinieblas?

CUAUHTEMOC

Jugando con las trenzas de Tecuichpo, que le ciñe el cuello con los brazos desnudos.

Tus brazos son fragantes como rosas y no hay plumas más suaves que tus cabellos.

TECUICHPO

Si no vences ni mueres en la lucha, huiremos a las montañas. En las cúspides siempre hay un asilo para un águila... Nada echarás

de menos. El sol coronará tu frente con resplandores de oro. El aire de la libertad balanceará tu penacho de plumas. Tus ojos tendrán todo el cielo.

CUAUHTEMOC

Y te tendré a ti. Pero, ¿qué es lo que humedece mis manos? ¿Te has hecho daño, Tecuichpo? ¿Te has herido?

TECUICHPO

Sí, me he herido para que nos den el triunfo los dioses.

CUAUHTEMOC

Déjame ver tus orejas. Te las has taladrado. Enséñame tus brazos. También están marcados por las púas del maguey. Tecuichpo, has reconfortado mi ánimo y centuplicado mis fuerzas. Sí, soy águila. Siento que mis alas me levantan. Seré digno sucesor de mis antepasados, cuyas efigies están esculpidas en las rocas de Chapultepec. Sí venceré a los teules. Los mexica-

nos tienen un caudillo. Si alguien flaquea, yo mismo lo mataré, como matan las águilas a los aguiluchos degenerados que no pueden ver cara a cara el sol.





ACTO II

Han transcurrido sesenticinco días desde que comenzó el sitio de Tenochtitlán. Los españoles han avanzado derrumbando casas y cegando canales con los escombros. Los mexicanos desde hace tiempo no comen sino hierbas y musarañas. La peste siega más vidas que las espadas y los cañones. Triste es la suerte de los culúas. Una casa con dos entradas: una que da a la laguna y otra a la calle mitad canal, mitad terrado. En el fondo, la ciudad en ruinas. A lo lejos sonidos de caracoles, disparos de arcabuces, gemidos, juramentos.

Cortés se encuentra en la azotea con su

guardia y con el intérprete Jerónimo de Aguilar.

En la sala, bajo la azotea, está Marina. Viste arreos blancos bordados de azul y rojo; sandalias de correas doradas que se entrecruzan en sus tobillos desnudos; en el cuello, orejas y brazos joyas engarzadas de esmeraldas.

CORTES

Canales cegados, pilas de escombros, montones de cadáveres, calles henchidas de gente miserable que se muere de hambre, corneta de Guatemuz.... Ya no quiero asistir más a este espectáculo. Si ocurre algo, me lo comunicaréis, Aguilar.

AGUILAR

Descuide mi Capitán.

MARINA

Abajo. Con los ojos muy abiertos y las manos en el regazo.

Ya ha pasado mucho tiempo y no viene mi Señor. ¿Cuándo terminará este sitio para tenerlo junto a mí, para oír su voz, para que me vean sus ojos? ¡Oh, cuánto lo amo! No hay sacrificio que no hiciera por su amor. Tenochtitlán, yo he ayudado a consumar tu ruina, pero no me ha movido la ambición ni la codicia. No, no. Todo lo he hecho por amor, por su amor, por el amor de Don Hernando, de mi Hernando. No sé cómo me atrevo a llamarlo mi Hernando; pero soy tan dichosa cuando lo digo: de mi Hernando, de mi Hernando, de mi Hernando.

Entra Cortés. Marina se levanta a su encuentro.

Mi Señor, me consumían los deseos de verte.

Cortés avanza austero, con la mano derecha estrujando su bar-

ba prieta; los ojos, de ordinario amorosos, ahora sombríos. Deja ver en su paso que es algo estevado. Se sienta y continúa pensativo. Marina, mimosa, se acerca junto a él, tomándole la mano.

Señor, ¿qué tienes? ¿Por qué apareces ceñudo ante tu Marina? Si te persiguen las preocupaciones, mis brazos son dos ríos de olvido.

Se los echa al cuello.

Si saboreas amarguras, mi pecho es un mar de miel.

CORTES

Apartándola con sequedad.

Déjame.

MARINA

¿Por qué me rechazas, Señor? Concédeme la gracia de que te repita que te amo. Pero no,

perdóname, que no soy sino tu esclava, tu miserable esclava Marina. Señor, yo te adoro. No sé si realmente eres Quetzatcoatl, el Lucero de la Mañana, o Hijo del Sol. Lo único que sé es que eres mi estrella, que eres mi sol, que eres mi dios. Ya los mexicanos no tienen fuerzas para combatir y su sangre ha teñido de rojo el agua de la laguna. Pronto terminará este horrible sitio, sí, muy horrible, porque te arranca de mi lado. Señor, ¿qué te ensombrece? ¿no te alegra la victoria?

CORTES

Entre desazonado y colérico y como hablando consigo mismo.

Me regocijaría si fuera a tomar Temichtitán como la vi maravillado a mi llegada; con sus templos y sus palacios; con sus casas enlucidas, que a los rayos del sol brillaban como si hubieran sido de plata; con sus anchas calzadas; con sus canales como Venecia. Pero, ¿qué es lo que voy a tomar? Escombros, cadáveres. Guatemuz es un enemigo irreductible. Una y otra vez ha rechazado mis parlamentarios.

Entra Pedro de Alvarado.

MARINA

Tonatiú.

Alvarado es mozo y esbelto, muy blanco y rubio, lo que le ha valido de los mexicanos el mote de Tonatiú, el Sol. Siempre se está riendo. Marina abandona su papel de amante y asume su condición de esclava. Cortés se levanta.

ALVARADO

Ya estamos apercibidos en mi real para el asalto de mañana. No puedo mover el brazo de dar cuchilladas.

CORTES

Si no ha sufrido más daño que ese vuesa merced, pronto se recobrará.

ALVARADO

El único, y una descalabrada que me dió un perro indio.

Entra Cristóbal de Olid. El futuro rebelde tendrá hasta treinta y seis años. Es rubio y de buen cuerpo, muy membrudo y de anchas espaldas. Tiene el labio inferior hendido. Su voz es gruesa.

CORTES

¿No hay ninguna novedad?

OLID

La gente muy cansada, y muchos sordos de tanto estruendo; pero según barrunto, el sitio ha concluído y le doy la enhorabuena a vuesa merced. ¿Cómo está vuesa merced de la pierna?

CORTES

Aliviado. La herida fue poca cosa.

ALVARADO

Sírvase contar vuesa merced cómo ocurrió.

CORTES

Mis pecados permitieron que sufriera ese descalabro, aunque no fue mi culpa, sino la de Alderete, que no cegó bien aquel paso. Yo estaba herido y a pie. Los mexicanos que me tenían asido gritaban victoria. Olea me salvó la vida, y por dármela, perdió la suya.

OLEA

Gran riesgo corrió vuesa merced.

CORTES

Me habrían muerto si hubieran querido; pero prefirieron tomarme vivo para sacrificarme a su ídolo Huichilobos. A propósito del Huichilobos, en uno de nuestros asaltos a la ciudad le arranqué esta máscara.

La muestra.

ALVARADO

De oro macizo.

OLID

Sus ojos son dos esmeraldas.

ALVARADO

En uno de los días en que era más porfiado el combate, los indios arrojaron a mi real cinco cabezas de los nuestros, jactándose de que habían muerto a vuesa merced. ¡Malinche, Malinche!

CORTES

A mi real lanzaron cuatro cabezas que chorreaban sangre, diciendo que erais vuesa merced y Bernal Díaz del Castillo. ¡Tonatiú, Bernal Díaz!

Los soldados y Jerónimo de Aguilar, que atalayan en la azotea, se muestran muy excitados. Aguilar se aparta precipitadamente.

AGUILAR

Mi Capitán, algo importante ocurre, porque

boga hacia acá un bergantín en medio de mucho tumulto.

Cortés, Alvarado y Olid echan mano a los pomos de sus espadas. Entran soldados y tlaxcaltecas.

SOLDADOS

Albricias y ¡viva Castilla!

TLAXCALTECAS

¡Vivan Tlaxcala y Castilla!

CORTES

¿Qué ocurre?

UN SOLDADO

Guatemuz ha sido preso. Escapaba en una piragua cuando lo prendió el Capitán García de Olguín, que capitanea el bergantín más velero. Gonzalo de Sandoval, Capitán General de los bergantines, reclama la entrega del cautivo

y García de Olguín porfía en traerlo a presencia de vuesa merced.

CORTES

Que vayan los Capitanes Luis Marín y Francisco Verdugo a decirles a Sandoval y Olguín que ambos traigan a Guatemuz, y que yo determinaré cúya es la honra de haberlo tomado prisionero.

Un momento de expectación. Los tres Capitanes desamparan sus espadas.

CORTES

Marina, Aguilar, aderezad el aposento para recibir a Guatemuz.

Marina y Aguilar ponen en orden los muebles.

AGUILAR

Extendiendo un manto en la pared.

Présteme vuesa merced su daga, Don Cristóbal.

Clava el manto con la daga de Sandoval y con la suya.

CORTES

Colóquese vuesa merced a mi derecha, Don Pedro. Vuesa merced a mi izquierda, Don Cristóbal. Marina junto a Alvarado. Aguilar cerca de Olid.

Aparecen Gonzalo de Sandoval y García de Olguín conduciendo a Cuauhtemoc, que entra acompañado de su mujer, de Tetlepanquetzal, del Cihuacoatl y de diez señores principales. Cortés le sale al encuentro y le estrecha la mano.

CUAUHTEMOC

Malinche, no he podido morir en defensa de

mi ciudad y de mi pueblo. Haz de mí lo que quieras.

Pone la mano en el puñal que Cortés lleva al cinto.

Desenvaina tu puñal y mátame.

CORTES

No eres acreedor a la muerte, valiente Guatemuz, sino a toda clase de honores. Mucho me pesa que por tu obstinación hayamos venido a estos extremos, y deseo ser tu amigo, como lo fui del Rey Montezuma. Vamos a tomar un refrigerio.

Salen.
(Pausa)
Entra un tropel de soldados mostrando gran alborozo.

UN SOLDADO

¡Viva Castilla!

SOLDADOS

¡Viva Castilla!

UN SOLDADO

Vamos a repartirnos las riquezas de Temichtitán.

OTRO SOLDADO

Vamos a repartirnos el oro.

OTRO SOLDADO

El oro, las joyas y las piedras preciosas.

OTRO SOLDADO

Yo enjaezaré mi caballo con arneses de oro.

OTRO SOLDADO

Yo guarneceré mi lanza con un regatón de oro.

OTRO SOLDADO

El pomo de mi espada será de oro y de esmeraldas.

OTRO SOLDADO

Mi escudo será de oro labrado de arabescos como el de Su Majestad Carlos V.

OTRO SOLDADO

Ya viene el tesorero Julián de Alderete.

Entra el tesorero Julián de Alderete seguido de indios cargados de oro. Depositan en un ángulo su carga, que les parece ínfima a los codiciosos soldados. Se ponen mohinos.

UN SOLDADO

¿Eso es todo?

OTRO SOLDADO

Habrá pasado lo que en el otro reparto, en que con trampas y socaliñas el Capitán tomó para sí la parte del león.

ALDERETE

Haciendo el recuento.

He aquí el oro. Por ser cosas de mucho primor, hemos servido a Su Majestad con las alhajas.

SOLDADOS

¡Hum!

ALDERETE

Se ha apartado también el importe de armas y caballos.

UN SOLDADO

Será un ojo de la cara.

ALDERETE

Este es el quinto de Su Majestad. Este es el quinto de Cortés.

UN SOLDADO

Todo se irá en quintos.

ALDERETE

Este es el sobrante. Cuarto más, cuarto menos, ochenta pesos por cabeza a los jinetes y cincuenta a los peones.

UN SOLDADO

¿Este es el precio de nuestra sangre y fatigas?

OTRO SOLDADO

Yo no lo recibo.

Sale.

OTRO SOLDADO

¿Dónde está Cortés?

ALDERETE

No tardará en venir, porque ya sabe que estamos aquí.

UN SOLDADO

Ya habrá ocultado la mejor parte.

ALDERETE

Quién lo sabe.

Aparece Cortés seguido de sus Capitanes y de Marina.

CORTES

¿Qué algazara es ésta?

La multitud de soldados se apacigua por un momento en presencia de su jefe.

ALDERETE

He hecho la distribución y la gente no está contenta con la parte que le toca.

UN SOLDADO

¿Cómo hemos de estar?

OTRO SOLDADO

Nada más cincuenta pesos.

OTRO SOLDADO

Yo no acepto esa limosna.

Sale.

CORTES

Tal vez no es todo el botín.

ALDERETE

No hay más.

UN SOLDADO

Estará en poder de quien sabemos.

SOLDADOS

Eso es, eso es.

CORTES

No hacer cargos infundados. Os juro por mi conciencia que yo no tengo nada.

UN SOLDADO

Siempre jura lo mismo, aunque sepa que no dice la verdad.

CORTES

Reflexionando.

Quizá Guatemuz....

UN SOLDADO

Sí, sí, que venga Guatemuz y nos entregue el tesoro.

OTRO SOLDADO

Y si rehusa, le daremos tormento.

CORTES

Volviendo sobre sí y previendo a lo que conducirá la cólera de sus soldados.

Dije Guatemuz, pero puede ser que no haya más oro.

Inspirado por una idea que le pasa súbitamente por las mientes.

A vosotros os consta que no hay más, porque entrasteis a saco su palacio.

UN SOLDADO

Ya estará de acuerdo con él.

OTRO SOLDADO

Que vengan Guatemuz y el otro Rey.

CORTES

Cediendo

Sea. Llamad a Guatemuz y al Rey de Tlacopan.

Entran Cuauhtemoc y Tetlepanquetzal.

CUAUHTEMOC

¿Qué quieres, Malinche?

CORTES

Dulcificando la voz.

Guatemuz, mis soldados quieren oro; más oro del que está allí y suponen que tú lo has escondido.

CUAUHTEMOC

Con firmeza y mi-

rando fijamente a Tetlepanquetzal.

No hay más oro.

TETLEPANQUETZAL

Lo arrojamos a la laguna.

UN SOLDADO

Que les den tormento.

MARINA

A Cuauhtemoc.

Señor, quieren atormentarte si no confiesas. Evítate el suplicio y entrega el tesoro.

Cuauhtemoc la mira con desprecio.

CORTES

A los soldados.

Escuchad. Os cedo mi parte si desistís de que se atormente a Guatemuz.

UN SOLDADO

No es Cortés quien ceda su quinto así como quiera.

OTRO SOLDADO

Es muy sospechoso que lo defienda.

ALDERETE

Por el quinto que le pertenece a Su Majestad, yo, que soy su tesorero, opino por el tormento.

CORTES

Haced lo que queráis.

Unos soldados hacen presa de Cuauhtemoc y Tetlepanquetzal, forzándolos a sentarse en unos escabeles. Otros traen el aceite y los braseros para el suplicio. Les ungen a las víctimas las manos y los pies.

CORTES

Guatemuz, confiesa. Di dónde está el oro.

CUAUHTEMOC

No hay más oro, Malinche.

Después de sujetar las manos y los pies de los cautivos, les colocan debajo los braseros con ascuas. Cuauhtemoc permanece impasible. Tetlepanquetzal se retuerce de dolor y torna hacia Cuauhtemoc los ojos implorantes.

TETLEPANQUETZAL

Ya no puedo más. Ten lástima de mí.

CUAUHTEMOC

¿Estoy yo en un lecho de rosas?

Una pausa de profundo silencio, en que no

se oye sino el gotear de aceite y grasa de los pies y las manos de los prisioneros. Horrorizados de su crimen, todos, excepto los sayones, han ido retrocediendo del lugar del tormento.

CORTES

Con indignación.

¿No os da sonrojo? ¡Presto, presto, quitad del fuego a esos hombres!







ACTO III

Cuadro I

Cristóbal de Olid, enviado a conquistar las Hibueras, se ha rebelado. Cortés, que ha echado en olvido su propio alzamiento contra Diego Velásquez, confió a Las Casas el mando de grandes tropas para someter al rebelde. Tanto le pesa la insubordinación de su antiguo teniente, que pronto hace gigantescos aprestos y marcha a debelarlo al frente de sus mesnadas. Después de fabulosas fatigas, la expedición ha hecho alto en Teotilac, de la provincia de Acatlán. A la izquierda, en primer término, una huta de paja. En el fondo, un bosque de los trópicos. Es Martes de Carnestolendas.

Cortés está en el interior de la choza con el Capitán Gonzalo de Sandoval y el veterano Bernal Díaz del Castillo.

Don Hernando parece caviloso. Gonzalo de Sandoval es bien proporcionado y membrudo, tiene la barba y el cabello crespos y castaños. Bernal Díaz es de buen talle y airoso, cabeza erguida y bien encajada en anchas espaldas; frente vasta y abovedada, donde guardó frescos hasta su vejez, en que los escribió, los episodios de la Conquista. Los tres están extenuados y llevan las barbas crecidas, los arreos descuidados.

CORTES

¿Qué ocurrirá a esta sazón en Temichtitán?

BERNAL DIAZ

A estas fechas nos tendrán por muertos y habrán dicho misas por el descanso de nuestras ánimas.

CORTES

Nunca me perdonaréis que os haya arrancado de vuestras tierras de Coatzacoalcos.

SANDOVAL

Yo he seguido siempre de buen grado a vuesa merced.

CORTES

Ya lo sé, hijo Sandoval. Como amigo eres la lealtad misma, y como soldado digno de ser coronel de ejércitos. ¿Y vuesa merced, Señor Bernal Díaz del Castillo?

BERNAL DIAZ

En verdad, ya mi cuerpo demandaba descanso; pero no podía hacer otra cosa que seguir al venturoso Capitán Don Hernando y a mi amigo Sandoval.

CORTES

Entonces, ¿vuesa merced vino por obediencia?

BERNAL DIAZ

Por obediencia, sí, que ningún Capitán como vuesa merced fue obedecido con tanto acato; pero también por esa hambre de aventuras, por ese deseo de ver tierras nuevas que nos aguijonea a los castellanos. Si Dios es servido y no muero de una de esas rociadas de flechas que nos disparan los indios, yo emplearé los vagares de mi vejez en escribir la Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España sin torcer ni a una ni a otra parte, que la verdad es pura y santa.

CORTES

Yo he escrito para Su Majestad Don Carlos unas Cartas de Relación, donde le doy cuenta de lo que he hecho en la Nueva España del Mar Océano.

BERNAL DIAZ

Yo escribiré mi historia para la posteridad,

contando lo que hemos hecho todos los conquistadores.

CORTES

Pues viene a cuento, decidme, tú, hijo Sandoval, y vuesa merced, Señor Bernal Díaz del Castillo, ¿cuáles de nuestras hazañas serán más alabadas?

SANDOVAL

Supera a todas la de la destrucción de las naves.

BERNAL DIAZ

Por su audacia, yo pongo en primer término la de la prisión de Montezuma, considerando que era un rey muy poderoso, que estaba en su capital y que nosotros no éramos sino cuatrocientos.

SANDOVAL

Como hecho de armas siempre será admirada la sorpresa al Campamento de Narváez, pues con armas iguales vencimos a un enemigo cuatro veces más fuerte.

CORTES.

Tú, hijo Sandoval, fuiste el héroe de esa jornada, porque cumpliste con tu misión de Alguacil Mayor, de prender a Narváez.

BERNAL DIAZ

Yo estimo en más la victoria de Otumba, cuando salíamos de Temichtitán desbaratados por los mexicanos. Como si hubiera sido ayer, miro a vuesa merced seguido de Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Gonzalo Domínguez y Juan de Salamanca rompiendo por en medio de los escuadrones enemigos, derribar vuesa merced al general mexicano, asestarle un bote de lanza Juan de Salamanca, huir desconcertados los contrarios y quedar nosotros dueños del campo.

SANDOVAL

¿De todo eso hablará en su historia vuesa merced, señor Bernal Díaz del Castillo?

BERNAL DÍAZ

Hablaré de todo. Del sol de oro, tamaño como una rueda de carreta que con otros presen-

tes nos envió Montezuma con sus embajadores. De que curábamos nuestras heridas con unto de indio. De la grima y tristeza que se me ponen en el corazón antes de entrar en las batallas. De Temichtitán, que se nos antojaba como esas cosas de encantamiento que se leen en los libros de Amadís. De la munificencia de Montezuma. Haré mención hasta de los caballos que trajimos de Cuba: del caballo zaino de vuesa merced, Don Hernando, y del caballo castaño de vuesa merced, llamado el "Motilla" porque tenía un lucero en la frente, don Gonzalo. Relataré todo, sembrando doquiera detalles que le presten a mi relación el color de la vida. Por ejemplo:

Dirigiéndose a Cortés.

Contando que a vuesa merced se le hincha una vena en la frente y otra en el cuello cuando se enoja, y que vuesa merced,

A Gonzalo de Sandoval.

tiene el pelo y la barba crespos y acastañados.

Cortés y Sandoval ríen.

Nada dejaré en el tintero, y por tanto, referiré esta malhadada expedición en que, con el fin de castigar a Cristóbal de Olid, pasamos trabajos de los que no hay memoria en las biografías de los más famosos capitanes.

CORTES

Cuando os invité a venir, todo indicaba que íbamos a emprender un viaje de recreo, porque yo me apercibí hasta donde alcanzan la previsión humana y los bienes de la fortuna. Me proveí de los jeroglíficos de Montezuma donde está descrito su imperio, que se prolonga hasta Cuautemala. Los Señores de Tabasco y de Jicalanco me dibujaron nuestro derrotero hasta Nicaragua. Me procuré un compás y un piloto para seguir mejor nuestra ruta. Traje clérigos, mayordomo, maestresala, botillero, repostero, vajillas de oro y de plata, camarero, cirujano, pajes, mozos de espuela, halconeros, chirimías y sacabuches y dulzainas y un volteador y otro que juega de manos y hace títeres, y caballerizo y acemileros y una gran manada de puercos que comer en el camino.

SANDOVAL

Breves fueron esas delicias. Volatineros y

maestresala murieron en el camino, y bastante murmuran los soldados por lo de los cerdos.

BERNAL DIAZ

La tropa pide maíz, que no música.

CORTES

Afanes y contratiempos sólo han servido para mostrar el temple del alma castellana. Esos puentes de medio cuarto de legua puestos sobre caudalosos ríos, hablarán largo tiempo de nuestro paso. Las cortezas de los árboles conservarán durante siglos las cruces e inscripciones que habéis entallado en ellas con vuestras finas dagas de Toledo. Más duraderos que las lápidas, los troncos de las ceibas guardarán esta leyenda: "Por aquí pasó Cortés." "Por aquí pasó Cortés." Nada más que por haberlas superado, ¿no os regocijáis de haber encontrado estas dificultades? ¿No contará también vuesa merced estas hazañas, Señor Bernal Díaz del Castillo? ¿El vadear ríos poblados de aligatores; el atravesar lamedales con el barro hasta las cinchas de los caballos; el marchar sobre piedras agudas como navajas; el abrirnos tránsito con nuestras espadas al través de espesu-

ras donde antes sólo habían discurrido las aves, los tapires y las serpientes?

SANDOVAL

Todo por ir a someter a Cristóbal de Olid.

CORTES

Este fue uno de mis propósitos, pero no el único, aunque mucho me importa. Porque si Olid queda sin castigo, se atreverían a levantarse con otras armadas los capitanes que he de enviar a nuevas conquistas. ¿Recordáis la extensión del Imperio de Montezuma? Tanto como dos veces nuestra Castilla. Yo he ensanchado sus límites hasta Pánuco y Michoacán; lo extenderé hasta Quiviria y Terranova, y sojuzgaré pueblos de modo que Su Majestad Don Carlos sea en estas tierras Señor de más reinos de los que hasta hoy se tiene noticia. Yo había oído de prodigiosas riquezas en las Hibueras, y además, mi objeto es el descubrimiento del paso que une el Atlántico y el Mar del Sur; el estrecho que es la cosa en el mundo que más quiero topar; la ruta que no encontró Colón. ¿Sabéis lo que esto significa? El paso a las Indias, el apercibimiento de una inmensa arma-

da que nos será fácil aparejar con las riquezas de la Nueva España del Mar Océano, y la conquista de esos lejanos países, ricos en sándalo y canela y almizcle y alcanfor y oro y marfil y sedas y perlas.

BERNAL DIAZ

¡Qué bellas cosas para ser escritas!

SANDOVAL

¡Qué hermoso sueño!

CORTES

Sueño que depende de nosotros que se convierta en realidad. ¿No os parece un sueño la conquista de Temichtitán? Vosotros sois soldados y no entendéis sino de ser valientes y de dar cuchilladas. Vosotros tasáis los hechos conforme al arancel de la vida normal y yo según las circunstancias. La prisión de Montezuma fue un acto político, porque además de servirnos de rehenes nos ayudaba a sojuzgar más aína las tierras que a él eran súbditas. Un acto político fue también el haber traído a Guatemuz. Él es prenda de nuestra seguridad en el camino y

garantía de que no se subleven en Temichtitán los mexicanos. Estamos débiles, perdidos en medio de estas florestas. Si los mexicanos se lo proponen, nos matarán sin remedio.

SANDOVAL

Allá se aparece Guatemuz.

CORTES

Marcha apoyándose en dos de sus deudos, como solía Montezuma.

BERNAL DIAZ

Montezuma no estaba lisiado y caminaba sobre esteras, que cuando pasaba desplegaban sus vasallos.

SANDOVAL

Vienen conversando muy alegres.

CORTES

Demasiado alegres.

BERNAL DIAZ

Acaso porque es Martes de Carnestolendas

CORTES

Quizá porque celebran de antemano nuestra muerte.

SANDOVAL

Quite vuesa merced. Apenas pueden tenerse en pie.

CORTES

Son diez por cada uno de nosotros.

BERNAL DIAZ

Era mayor la desproporción cuando conquistamos Temichtitán.

CORTES

El Imperio no está todavía completamente sojuzgado, y siempre será un peligro que vivan sus señores naturales.

SANDOVAL

La sombra de Guatemuz le robará el sueño a vuesa merced.

CORTES

“Adelante mi sobrino
Y no creáis en agüeros.”

Salen.

Aparece Cuauhtemoc apoyándose en los brazos de Coanacot y Tetlepanquetzal, pues quedó baldado a consecuencia del tormento. Los sigue el Cihuacoatl. Todos se sientan al raso en unos troncos de árbol. Están transidos y trasojados. Cuauhtemoc rompe el silencio.

CUAUHTEMOC

Después de dar cima a nuestras conquistas, recogeremos mucho botín y ganaremos mucha gloria.

COANACOT

Como Señor de Tezcoco, reino que ahora priva, a mí me señalarás una gran porción.

TETLEPANQUETZAL

Puesto que todo está subvertido, a mí me asignarás la mayor parte, no el quinto que me corresponde conforme a nuestros pactos.

CUAUHTEMOC

Pronto seré muy poderoso, grande el número de mis provincias, sin cuento mis vasallos. Ya hemos obtenido muchos triunfos y no estamos sino en el comienzo. Pedid aliados. Tú también, Cihuacoatl, ¿quieres ser Emperador de estas tierras?

TETLEPANQUETZAL

Señor, ya que eres tan gran rey, y hoy estás por galardonear a tus aliados, voy a demandarte una gran merced.

CUAUHTEMOC

Pide. ¿Quieres la tercera parte de mis dominios?

TETLEPANQUETZAL

Dame una tortilla. Hace muchos días que no me regalo con esa delicadísima vianda.

COANACOT

A mí, Señor, supuesto que tu generosidad no tiene límites, hazme merced de un pez asado o mejor de una pierna de gallina.

CUAUHTEMOC

¡Golosos! ¡Gastrónomos! ¿No os habéis deleitado saboreando las hierbas del camino? ¿No os ha satisfecho el agua de los cien ríos que hemos vadeado? ¿No gracias al amor de nuestros súbditos, nos dispensamos la gollería de algunos granos robados a los caballos de los teules?

CIHUACOATL

No comprendo cómo tenéis humor para chancearos así en medio de las desventuras que pasamos, destinados a morir de hambre en estas soledades, cautivos y lejos de nuestra patria. ¡Cielo de turquesa de Tenochtitlán! ¡Cimas nevadas del Popocatepetl y del Iztacihuatl! ¡Espejo de la laguna! ¡Rosas de nuestros jardines!

¡Brazos de nuestras mujeres para nosotros más preciadas que el oro y las esmeraldas! ¡Os perdimos para siempre, para siempre!

Los prisioneros callan, presas de un dolor sin consuelo.

CUAUHTEMOC

Cihuacoatl, no traigas memorias que atraviesan el corazón como flechas agudas, ni des vado a tristezas que se agolpan a los ojos en borbollones de hiel. Mi destino nada me importa, lo sufro como rey; pero me atormenta la suerte de mis vasallos. Por infundirles ánimo a esos miserables, que día a día mueren de hambre o de fatiga, finjo este contento.

CIHUACOATL

Tú eres el que más sufres, porque sufres por ti y por nosotros. Olvida las palabras con que quise desahogar mi tristeza.

Rompe en sollozos. Coanacot y Tetlepanquetzal sollozan también. Cuauhtemoc per-

manece impasible; pero en su semblante se lee la amargura de un águila herida y prisionera. Junto a la cabaña aparecen hasta diez esbirros de Cortés avanzando con mucho sigilo.

UN SOLDADO

A mí me da lástima el Rey Indio. Es tan noble, tan generoso....

OTRO SOLDADO

Yo obedezco contra mi voluntad las órdenes de Don Hernando.

OTRO SOLDADO

Yo no. Nunca le he perdonado lo del tesoro. Porque ese tesoro existe, y nos lo oculta por vengativo.

Enderezan sus pasos hacia el grupo de prisioneros.

UN SOLDADO

De orden del Capitán, dáos presos.

CUAUHTEMOC

¿No lo estamos desde la caída de Temichtitán?

UN SOLDADO

Estáis condenados a muerte por conspiradores.

CUAUHTEMOC

Este hombre está loco o ebrio.

UN SOLDADO

Es inútil que te defiendas, Guatemuz.

CUAUHTEMOC

No me defiendo, digo que es falso. ¿Qué es para mí la vida? Una ignominia desde que depuse las armas con que defendí a mi patria. ¡Ah, Malinche! ¿Por qué no me partiste el corazón con tu puñal como te lo pedí cuando me llevaron prisionero ante tu presencia?

COANACOT

¡Qué cruel es el Malinche!

TETLEPANQUETZAL

¡Qué infame es el Malinche!

UN SOLDADO

Basta de murmurar.

Prende a Cuauhtemoc.

CIHUACOATL

Vas a morir por haberte atrevido a poner las manos sobre mi Rey.

Trata de abalanzarse sobre el soldado. Otros soldados lo maniatan, así como a los demás cautivos.

Cuadro II

Media noche. La luz de la luna se tamiza trabajosamente al través de las ramas tupidas. El bosque está preñado de misterios. Se oyen las sutiles estridulaciones de los grillos y rumores desconocidos en la maleza. De raro en raro ayean los buhos. De las altas y copudas ceibas cuelgan tres cadáveres suspendidos por los pies.

Se acercan bultos confusos, recatándose detrás de los troncos de los árboles.

UN INDIO

Murió nuestro Señor Cuauhtemoc.

OTRO INDIO

Murió nuestro Señor Tetlepanquetzal.

OTRO INDIO

Murió el Cihuacoatl.

OTRO INDIO

El señor Ixtlixóchitl, que es amigo de los teules, salvó a su hermano el Señor Coanacot cortando la cuerda de donde colgaba el moribundo.

OTRO INDIO

Nosotros no podemos hacer lo mismo con los cadáveres de nuestros señores, porque nos matarían los castellanos.

OTRO INDIO

Si esta ha sido la suerte de nuestros señores, ¿cuál será la nuestra?

OTRO INDIO

Son muy despiadados los teules.

OTRO INDIO

Tienen la piel blanca, pero sus entrañas son negras.

OTRO INDIO

Han destruído nuestras casas.

OTRO INDIO

Nos han despojado de nuestras tierras.

OTRO INDIO

Nos han quitado a nuestras mujeres.

OTRO INDIO

Han derrocado a nuestros dioses.

OTRO INDIO

Nos han marcado la cara con el hierro de los esclavos.

OTRO INDIO

Nos condenan a morir despedazados por sus perros.

OTRO INDIO

¡Desventurados de nuestros reyes!

OTRO INDIO

¡Desventurados de nosotros!

OTRO INDIO

¡Desventurada de nuestra raza!



